

A sí, con signos exclamativos: ¡Pablo de Rokha, compañero! Lo estoy oyendo. No era tan alto como corpulento. Subía a grandes zancadas la señorial escalera de mármol de El Mercurio (Compañía 1214). Ahora miro unas fotografías que guardo entre mis papeles. De Rokha entonces no tenía más de cincuenta años. Le temíamos. Nos intimidaba por presencia. Y luego su voz, que no conocía el medio tono, las medias tintas; su voz de gran formato, que, en buenas cuentas, a la hora de la crítica, se convertía en ventarrón.

ALGUIEN anunciaba desde el primer piso: "De Rokha por los palos". Algunos, los más tímidos para el trabajo arduo, corrían a esconderse. Ha pasado el tiempo y debe decirse: el hombre de prensa, el comunicador social, no tenía claro en aquella época el carácter de su papel frente al personaje ya muy crecido en la leyenda o fuera de la talla común. Seguro de sí mismo, el autor de Escritura de Raimundo Contreras emitía opiniones y sugería con inculcable acento de autoridad hasta la forma en que debía presentarse su reportaje. No olvidemos que también ejercía el periodismo en su revista Multitud. Curiosamente, no se ha hecho un estudio sobre el grafismo desusado de tales páginas dedicadas a la literatura. En sus dos formatos, tanto en el de tamaño "Mercurio" como en el de tamaño libro 16 recortado, Multitud se destacaba por sus titulares grandes en letras de un rojo encendido. A su vuelta de un largo viaje por China Popular, Pablo de Rokha publicó en diciembre de 1963 el número 89, año 22, 10.ª época, de Multitud. Este número extraordinario, impreso en papel durable, daba a conocer en su texto íntegro el extenso poema del director "Canto de fuego a China Popular".

Como se sabe, el poeta Pablo de Rokha tenía el mismo defecto o, si usted quiere, la misma virtud del periodista corriente: su compromiso a todo trapo con la contingencia. A Pablo de Rokha lo torturaba el catastrofismo fácil de la actualidad del mundo. Atravesado por la utopía marxista-leninista-maoísta, henchido de entusiasmos, Pablo de Rokha se dejaba escribir en ese poema estas palabras: "...el overoll azul no te nivela, tú nivelas el overoll azul y lo dominas, porque lo pones, funcionalmente, al servicio incondicional de las amplias masas humanas y haces del traje el 'lenguaje' de tu voluntad de poderío, como expresando y conversando y adecuando la sobriedad heroica a la naturale-

za heroica, a la majestad heroica, que posee honestamente, la heroicidad natural del marxismo-leninismo, y ni el extremismo de Izquierda, ni el individualismo y ni el extremismo de Derecha, que es colaboración clasista, destruiría la línea definitiva de tus líderes, enhiestos pero no soberbios...."

EL AUTOR del Canto de fuego..., atenuado, paralizado, por el espejismo de los acontecimientos del día -por la fuerza cegadora de "la noticia", en suma-, no alcanzaba a vislumbrar para nada los tras-

tornos anonadantes que le sobrevendrían a su mundo. La nietzscheana "voluntad de poderío" que el poeta pretendía ver en el uniforme maoísta se trocó, andando el tiempo, como toda expresión de un momento histórico, en un afán de interés distinto. Poetas muy antiguos aprendieron a desconfiar de sus propios "vaticinios". El poeta no siempre es profeta.

Releyendo, días atrás, el volumen El cementerio de los elefantes, cuentos de Carlos Droguett (Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires, 1971), obra interesantísima por lo que insinúa acerca de los tiempos y destiempos históricos en el toma y daca de la cultura, me atrevía a pensar que Droguett ha constituido en estos años uno de los mejores frutos del huerto rokhiano. La prosa de los relatos que componen El cementerio de los elefantes, prosa riquísima de experiencia interior, aparece impregnada del

élan poético de Pablo de Rokha. Si se examina con cuidado la novela Eloy, del mismo Droguett, se comprobará que este verdadero monumento en su género recoge sus mejores aguas del enorme caudal acumulado en obras como Suramérica, Escritura de Raimundo Contreras y Genio del Pueblo.

DE OTRA PARTE, sin parecerse individualmente a Droguett, Raúl Morales Álvarez y Baltazar Castro representaron argumentos vivos en favor de la difusión del estilo rokhiano. Incluso, a veces, en el tono imprecatorio del periodista Volpone (el epíteto, el dicitario) creímos filiar la hebra polémica del notable hijo de Licantén, que, entre paréntesis, contaba entre sus maestros para dichos menesteres nada menos que al archicatólico León Bloy.

Lo más considerable que sucede hoy alrededor de los cien años del nacimiento de Pablo de Rokha estriba en el fervor con que la juventud lo acoge como uno de los suyos.

JUVENTUD CENTENARIA DE



PABLO DE ROKHA